

LA GUERRA DE AMARO

Marco Antonio Merino Amand

Pontificia Universidad Católica del Perú

La guerra fratricida se ha extendido e instalado a lo largo y ancho del Perú desde hacía demasiados once años. Y amenaza con quedarse para siempre. El mesiánico Sendero Luminoso de Abimael Guzmán Reynoso, alias camarada "Gonzalo", resistía los embates de las fuerzas del orden de un Estado que buscaba, a como diera lugar, su derrota total. Es el año 1991, postrimerías del siglo XX.

La mitad del territorio nacional ha sido declarada zona de emergencia. En estas se han recortado algunos de los derechos ciudadanos, como la libertad de reunión, opinión e inviolabilidad de domicilio. También se realizan operaciones militares contra insurgentes. Las cifras oficiales señalan que hasta la fecha han fallecido veinticinco mil peruanos. Dos mil son militares.

El departamento de San Martín está ubicado en la región nororiental de este país de contrastes, puerta de entrada hacia la enmarañada selva amazónica y a todo lo largo por el Huallaga. Río voluptuoso, que desemboca en el majestuoso Marañón, "La Serpiente de Oro" del recordado novelista coterráneo Ciro Alegría, que trasporta sobre el fiero lomo los cuerpos y la sangre de preciados seres sanmartinenses hacia el río Amazonas, hasta el Atlántico.

El Huallaga riega en abundancia, en particular las extensas hectáreas de sembríos de Coca, y es silente testigo de la violencia demencial causada por las huestes del narcotráfico y del terrorismo, que solo obtiene por respuesta más violencia.

Las tierras de San Martín por estar bien mojadas y en altitud favorable resultan óptimas para estos tradicionales o ilícitos cultivos. Antiguamente, la hoja de coca era el alimento sagrado de los incas, fortaleza de rudos cuerpos habituados a la también ruda naturaleza de grandes alturas, abruptas montañas y gélida temperatura; oráculo exigido para comunicarse con los dioses de aquel mundo panteísta y sus huacas sagradas que no eran otra cosa que sus parientes momificados y que de vez en cuando sacaban a bailar por las callecitas del mítico imperio; medicina insustituible para aplacar el mal de altura y colocadas en ambas sienes para aliviar el peor dolor de cabeza. Los descendientes de los hombres piedra aún mantienen esta tradición.

En San Martín se afina la columna T4, el aparato militar más destructor del grupo terrorista, denotándolo como tierra liberada, donde el germen del nuevo poder maoísta y mesiánico se enraíza y amenaza con crecer implacable.

BIENVENIDOS AL APOCALIPSIS

Todos miramos en silencio el pequeño televisor que da cuenta del avezado ataque senderista a la base militar de Huayranga y que ha provocado la muerte de cerca de veinte peruanos entre pobladores, militares y subversivos. Pasan imágenes desgarradoras. Los semblantes se vuelven tensos, las esposas desvían las miradas a los rostros de sus maridos, las manitas de los hijos cogen y aprietan las manos de las madres, de la retina de los abuelos brota una lágrima por el hijo que parte.

Me encuentro en la sala de espera del Grupo Aéreo N.º8 de la Fuerza Aérea del Perú, ubicado al lado del Aeropuerto Internacional Jorge Chávez, en Lima. Está atiborrada de militares de la Armada, Ejército y Aviación; desde soldados, técnicos y especialistas, hasta oficiales, y de las familias que despiden a estos bravos que han sido destacados o cambiados a las zonas de emergencia.

Es 28 de Julio, la Fiesta Patria de los peruanos, el nacimiento de la República proclamada por el argentino general don José de San Martín. A esta hora el Presidente de la Nación, el ingeniero Alberto Fujimori Fujimori, descendiente de inmigrantes japoneses, debe estar dirigiéndose a la Basílica Catedral de Lima para asistir a la misa y Te Deum, que dan inicio a las actividades conmemorativas.

Una atinada esposa hace desconectar el televisor que tanto nos perturbaba y se inicia el ritual de despedida. Desean buenos augurios, dan a sus amados una estampita del santito o virgencita del que son devotos; profesan sollozos, abrazos y besos. A pesar de que todos estamos vestidos de civil, distingo a los compañeros por el corte de cabello, porte atlético y manos en la cintura.

Visto pantalón jean color negro, chompa azul de aquellas que cubren todo el cuello, modelo Jorge Chávez, y zapatillas negras. Cargo una gran bolsa impeditiva, equipaje militar, de grueso tocuyo color verde, llena de uniformes, borceguíes o botas militares, ropa interior, útiles de aseo, binoculares, brújula, puñal y tantas cosas más que hicieron crecer la singular maleta hasta un metro con treinta centímetros. Sujeta a la cintura mi pistola *Browning* nueve milímetros, cañón corto, abastecida con el cargador de trece cartuchos. Me siento desolado; soy provinciano, soltero, y mi familia radica en el corazón serrano del país, Ayacucho. Ahí se inició la lucha armada de Sendero.

Tres aviones a hélice Antonov, rusos, calientan motores a lo lejos en la zona de parqueo. Un técnico de la fuerza aérea se acerca mirando su tablilla de madera que sostiene varias hojas de papel escritas con nóminas de los viajeros y comienza a llamarnos gritando: "Los que viajan a Ayacucho formar al lado derecho para chequearlos y luego abordar el primer avión. Los que viajan a Arequipa formar al centro. Y los que van a San Martín ubicarse a la izquierda". Así nos fue convocando uno por uno hasta llegar al tercer avión: "Teniente Mavila". "Presente", contesté.

No había sido difícil organizar a ciento cincuenta militares. Se despidieron y cargaron las maletas, se formaron en columnas, se respetaron las jerarquías y todos nos dirigimos al avión que nos llevaría a nuestro destino.

Encorvado por el peso de la impedimenta, subí a la rampa posterior del Antonov y me percaté de que está repleta de pertrechos bélicos; y los pocos asientos ya están ocupados por oficiales de mayor graduación. Hago alto e intercambio miradas con dos miembros de la tripulación que únicamente se limitan a levantar los hombros y me invitan con la mano a escalar los fardos y acomodarme.

Aún no habíamos partido de la fría y húmeda capital del Perú y ya sudo a borbotones desde aquel palco improvisado en la parte delantera de la aeronave, en espera de la autorización de despegue y el cierre de la compuerta.

Con el avión en el aire y ganando altura, tres pesados sacos rodaron hacia la puerta y dejaron magulladas varias rodillas. Mi sillón continúa firme, reclino mi espalda y percibo las duras suelas de las botas contenidas en las bolsas. Me acomodo lo mejor que puedo y trato de conciliar el sueño atrasado de la interminable noche de insomnio de hace pocas horas.

La imagen de mis padres acaricia mi espíritu excesivamente alerta y nervioso. Hubiera querido abrazarlos en la sala del aeropuerto al igual que los otros. Sin embargo, pude comunicarme con ellos por la noche, hablar y despedirme uno a uno de mis eternos cariños. Tuve que sofocar mis profundos instintos cuando nombraron a los que viajaban a Ayacucho para no formar en esa columna del avión y, mandando al traste la misión, abordarlo y regresar al terruño después de casi dos años de ausencia.

Divago en aquel día cuando el Coronel Director de la Escuela de Infantería, cual sorteo de feria pueblerina, hacía sacar un numerito a cada uno de los oficiales que nos encontrábamos realizando estudios de perfeccionamiento el primer semestre de este año. No sabíamos a ciencia cierta para qué, pero intuíamos que podía tratarse de las

zonas de emergencia.

“Teniente Edwin Silva Núñez, saque un número”. Edwin caminó resignado hacia el tabladillo de enfrente y sin mirar dentro de la caja de cartón, metió la mano y sacó el papelito doblado en dos. Lo abrió y sin voltear hacia nosotros lo entregó al coronel.

“Número treinta y tres”, dijo el coronel y volteó a la pizarra negra, tomó una tiza blanca y escribió: “Tte. Inf. Silva: _____ 33”.

Y así fue llamando a los tenientes Benítez, Ortega, Salazar y Ramírez, hasta que llegó mi turno.

“Teniente Francisco Mavila Esteves, saque el último número de la caja”. Era el 14.

Cuando terminó la premiación, la fría pizarra nos informaba: “Tte. Inf. Silva: Batallón Contrasubversivo N.º 33, Tte Inf. Benítez: Batallón Contrasubversivo N.º 46, Tte. Inf. Ortega: Batallón Contrasubversivo N.º 64; Tte. Inf. Salazar: Batallón Contrasubversivo N.º 31, Tte. Inf. Ramírez: Batallón Contrasubversivo N.º 13, Tte. Inf. Mavila: Batallón Contrasubversivo N.º 14”.

Con aquella inscripción ya tenía dos datos. El primero, que me tocaba viajar a la zona de emergencia y, el segundo, el número del batallón. El coronel Aguirre, finalizada la sombría actuación, sin hacer comentario o siquiera algún ruido, abandonó el aula. Lo consideré muy cobarde de su parte el no saber afrontar tremenda realidad. Quizás sintió vergüenza, porque a su edad y grado no participaría directamente en la guerra.

Luego de un breve silencio comenzamos a conversar y a preguntarnos dónde quedaban estos batallones. Ignotos batallones contrasubversivos, hasta ese día reconocidos solo en escuelas, manuales y estudios de casos.

Nadie nos daba razón. Decidimos ir al Cuartel General del Ejército, en el acomodado distrito clase mediero de San Borja, llamado coloquialmente “El Pentagonito”. Erigido en la década de los 70 durante el gobierno militar de obras monumentales, de la patria grande y líder de los países del tercer mundo. Complejas edificaciones en un perímetro de cuatro kilómetros. Claro que emulaba en tamaño al Pentágono estadounidense. Viejos sueños militaristas. La Dirección de Planeamiento se ubicaba en la gran ala izquierda del magnífico edificio central. Solo llegamos a la puerta de vidrio grueso, casi blindado, que guardaba las oficinas. El comandante jefe de permanencia nos detuvo y preguntó secamente qué queríamos. Le explicamos nuestra inquietud y solo atinó a

alzarse de hombros en señal de ignorancia. Eran malos augurios.

Pocos días después, pude tener la certeza de que llegaría al Cuartel General del Destacamento Leoncio Prado, ubicado en Tarapoto, y que allí me darían la ubicación exacta del Batallón.

Y aquí me encuentro viajando a Tarapoto, un 28 de julio, en plenas Fiestas Patrias, en el día central, como si el destino me deparara brindar un gran sacrificio por esta tierra.

Después de tres horas de sofocante e incómodo viaje, aterrizamos en el aeropuerto de la caliente ciudad de Tarapoto en San Martín. Miro a través de la ventanilla a jóvenes soldados de la fuerza aérea cortando con sus machetes la maleza crecida a lo largo del borde de la pista de aterrizaje; a soldados del ejército, equipados, patrullando en columna de a uno entre frondosos arbustos por el perímetro de esta instalación militarizada; y al lado derecho de la zona de parqueo para aviones, dos imponentes helicópteros MI 25, artillados con cohetes, más conocidos como los tiburones del aire, por la provocadora mandíbula del escudo dibujada en la punta de la aeronave.

Voy saliendo de este túnel del tiempo, el astro rey en el cenit hiere con sus ultravioletas rayos mis pupilas contraídas y enciende todavía más el calor de mi piel que ya traspasa a la carne. Mirando el suelo, resignado, desciendo la fuerte pendiente del pequeño puente desprendido de la aeronave que me conduce a pisar tierra al fin.

Temeroso y casi perdido, doblado por la bolsa que cargo sobre mi hombro, busco cruzarme con alguna mirada que me permita acercarme y absolver tantas preguntas: ¿Dónde queda el Cuartel General del Destacamento Militar Leoncio Prado? ¿Cómo llego allí? ¿Por qué tantos uniformados en las calles? ¿Puedo cruzar la ciudad solo? Un sargento de la policía militar se acerca a identificarme.

“Buenos días, ¿quién es usted?”, pregunta fríamente.

“Soy el teniente Mavila”, respondo.

“Permiso, mi teniente” e intenta alejarse. Seguramente presente la retahíla de preguntas que le aguardaba.

“¡Sargento! ¿Cómo llego al Cuartel General?”, le pregunto.

Casi rayando en la descortesía levanta el brazo y con el dedo señala un vehículo militar que estaba siendo cargado con los fardos que trajimos en el avión. “Ese carro es del Batallón de Servicios Logísticos, en él puede llegar al cuartel”, respondió y se alejó.

Me sentí incómodo ante la respuesta cortante de este subordinado. Pasaría un tiempo en la zona de emergencia para darme cuenta de que esta actitud la mostraban con todos los que recién arribaban. El respeto a la jerarquía militar aquí no funciona como debía ser porque era el tiempo de permanencia en la zona lo que realmente marcaba la autoridad.

Camino hacia el camión cuando, de pronto, escucho un grito que me llama: “¡Promoción! Mavila”. Veo acercarse la inconfundible silueta delgada y de aparatosa cabeza de Marco Marín, un teniente del servicio de intendencia; con quien me confundo en caluroso abrazo.

“¡Qué gusto promoción! ¿A qué unidad te mandan?”, me pregunta mientras se mantiene atento a la actividad de los soldados que trasladan la carga. “Al Batallón Contrasubversivo 14”, respondo. “Carajo, provecho, el negocio está fuerte por allá”, escucho confundido. “Aunque, pensándolo bien, estás fregado porque ayer por la noche los ‘tucos’ atacaron la base contrasubversiva de Huayranga y mataron a siete de los nuestros”, agrega. Yo lo miraba no tan sorprendido, pero asustado. “¡Ya! No te preocupes más. Bienvenido y sube adelante, en la cabina, que ya salimos”, me dijo.

El vetusto camión portatropas de la Segunda Guerra Mundial, que recaló en estos parajes sudamericanos normalmente abiertos a la ayuda militar norteamericana; recorre la avenida Aviación ensuciando con su humo negro y estruendoso ruido de motor de antaño el límpido cielo celeste y el alegre bullicio de los niños, levemente vestidos de pantalón muy corto y sin zapatos, que juegan pelota en el descampado de tierra al frente de sus casitas de madera, de techos a dos aguas de calamina u hojas de palmera.

A ambos lados de la vía, subían nubes de humo blanco de las cocinas improvisadas a base de varillas de construcción, cilindros cortados a la mitad o ladrillos que sirven de patas; atizadas por heroicas madres de familia que sustentan con su arte culinario la economía familiar. Humos como sahumero de procesión religiosa del Señor de los Milagros, el Cristo Moreno, el Señor de los Temblores, que octubre tras octubre recorre las calles limeñas seguido de miles, millones de feligreses. Un sahumero especial, de pueblo selvático, de olores desprendidos de manjares sobre la parrilla, del fino aceite de pescado de río Boquichico, Gamitana, o mejor Doncella; de plátanos fritos dulces,

salados, enteros o chancados, en bolones rellenos con trocitos de carne o grasa de cerdo; de carne del mismo cerdo salada y ahumada sobre brasas de leña cubiertas de brillosas hojas verdes de banano.

El claro y feliz paisaje se va opacando con la aparición de pintas en las puertas y paredes de colegios, casas, fábricas, en bancas y monumentos de parques y plazas, en cortezas de troncos de árbol, cimbreado postes de alumbrado, en lo alto del campanario de una iglesia. Letras y símbolos rojos dibujados con brocha gorda de pintor, como llamado a la muerte: "Partido Comunista del Perú Sendero Luminoso" o su sigla "PCP SL". "Viva el camarada Gonzalo". "Viva Marx, Lenin, Mao y el Pensamiento Gonzalo". "Mueran los Soplones". "El Poder Nace del Fusil". "Abajo el Estado Burgués y su Ejército Genocida". "Viva el Ejército Guerrillero Popular", y cientos de hoces y martillos. Otras pocas escritas en negro para guardar luto: "Viva el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru" y "Patria o Muerte Venceremos"; señales de los enemigos a combatir.

Los jóvenes soldados están sentados sobre la carga transportada en la tolva, silbando a cada hembra que camina sobre las bermas o veredas de la avenida, yendo o viniendo, con sus leves vestidos, contorneados y tornasolados cuerpos, y sonrisas acaloradas; que excitan la alegría y algo de lujuria de todos los providenciales pasajeros de este armatoste. Me siento más tranquilo cuando distingo por el retrovisor a dos centinelas alertas con el fusil en ristre.

El pavimento del camino se va convirtiendo en tierra seca y rojiza que se levanta en gran polvareda al paso de las diez ruedas del camión. Diviso el arco de ingreso del cuartel y distingo la frase acuñada en letras de fierro: "Invencibles en la Selva del Huallaga". El conductor detiene el camión bajo el pórtico, y el bisoño subteniente de guardia casi ni se inmuta. Marco está adormilado y yo no tengo ganas de protestar. El conductor aprieta el acelerador y el humo despedido desde el tubo de escape lateral hace volar los papeles y la gorra dispuestos desordenadamente sobre una mesa de madera color plomo.

Recorremos las breves avenidas de este gran espacio que alberga al jefe militar de la región y su estado mayor, encargados de administrar y planificar al personal, las operaciones, las actividades logísticas, el enlace de las comunicaciones, los asuntos civiles y las labores de inteligencia y contrainteligencia; además de los batallones de servicios e intendencia, policía militar, comunicaciones, ingeniería y material de guerra. Jóvenes soldados desfilan alegres, cantando o silbando marchas militares, hacia el único comedor ubicado en el centro del gran campamento, cargan bajo el brazo izquierdo las plateadas charolas y en la mano derecha una simple cuchara que servirá

para la raleada sopa de papitas, fideítos y yuca; el arroz con frejol y pescado frito y el postre de mazamorra morada artificial de bolsa.

Nos detenemos frente a cuatro módulos habitacionales denominados búngalos. Son de paredes de madera pintadas de celeste y techos de calaminas muy oxidadas. Están apoyados, a un metro del suelo, sobre pilotes de concreto. Abro la puerta de malla celosilla que resguarda de furiosos mosquitos chupa sangre de a poquitos y que te hinchan la piel de los brazos, cuello, cara, cabeza o de cualquier intersticio desprotegido por el vestido. Ni hablar del escozor que aqueja.

El albergue tiene dos habitaciones y un servicio higiénico sin agua en los grifos y el excusado, solo un par de bidones negros llenos de cinco galones de agua cada uno, y que resignados soldados deben cargar tres veces al día desde el pozo que queda tan, pero tan lejos. Uno de los cuartos está cerrado con recio candado y en la puerta cuelga un cartel con la inscripción QEPD. En el recinto de al lado habita Marco, que tan acostumbrado está a estas visitas que me dice casi con tedio: “Bueno, promito, bienvenido. Estás en tu casa” y apunta con el dedo índice los colchones en el piso. Yo miro curioso el QEPD y me comenta: “Pobre Altamirano. Fue un capitán que hace tres días explotó en mil pedazos cuando una motocar lo traía al cuartel junto a una dama de compañía”. Sí, que en paz descansen, el capitán que nunca conoceré, la dama y el conductor de ese triciclo formado de una moto que hala el pequeño carro de un asiento donde caben apenas dos personas.

Me acomodo frente a la puerta del fatal cartel, mientras un atento soldado me acerca la bolsa con mis cosas. Escarbo dentro buscando el uniforme y las botas de campaña, los saco, me desvisto, calzo el pantalón de tantos parches y bolsillos, se abre la puerta de malla celosilla y veo asomarse rostros familiares que me acompañaron cuatro años en la Escuela Militar de Chorrillos.

Son Edwin Silva y Carlos Salazar, compañeros del sorteo de feria pueblerina, que ahora compartimos los sentimientos de soledad y temor del novato. También entra el artillero Carlos Fonseca. Edwin viajará al sur, hacia Campanilla; Carlos, más al sur, a la ciudad de Tingo María, en el colindante departamento de Huánuco; y Carlos Fonseca es mi camarada del Batallón N.º 14.

Es hora del rancho de mediodía, estamos subiendo la cuesta en dirección al comedor de oficiales. Apenas ingresamos, todos los comensales voltean. Lógico, somos la carne nueva. Al instante vuelven la atención a sus platos de comida y a murmurar un no sé qué. Luego entendí cuando se acercó el comandante G-4, encargado de la logística.

“Coman bien, que los ejércitos caminan sobre sus estómagos y más aún cuando se encuentran en guerra. ¿Y usted a dónde va?”, le pregunta a mi promo. “Al batallón de Campanilla”, le responde. “¿Y usted?”, dirigiéndose a mí. “Al Batallón Contrasubversivo 14”, le respondí y me comentó en tono sarcástico: “Uy, la semana pasada los terrucos le dieron duro a tu batallón. ¡Mozo! doble ración para este oficial”. Su impertinencia nos quita el apetito, compramos bebidas gaseosas heladas y continuamos el nuevo itinerario hacia las oficinas del estado mayor del destacamento, ubicadas al límite de la pendiente que baja a un patio de formación.

En esta plaza hay un monumento en bronce dorado que muestra, con orgullo y como ejemplo, la silueta del combatiente contrasubversivo de la selva del Huallaga. Le cubre la mitra una pañoleta anudada en la nuca. Ojos rasgados, nariz gruesa y achatada, y unos labios bien definidos como invitándonos a decir las cosas de modo directo y sin tapujos. Viste un polo ceñido al cuerpo felino, pantalón de campaña y botas altas para cruzar charcos, quebradas y ríos. Carga su fusil alerta y el cinturón donde cuelgan la porta cacerinas llenos de munición, y la infaltable cantina de agua. Trepado sobre una gran roca otear el horizonte, seguro y confiado, dando señas de esperanza y de que aún existe el mañana.

De pie, al borde de la terraza de tierra compactada, contemplamos en silencio el diáfano paisaje, aunque sabemos que este esconde la atrocidad de la guerra. Escuchamos el crujir del piso de entablado de las oficinas producido por las macilentas pisadas de botas de los comandantes que se van reintegrando, somnolientos, a sus labores luego del almuerzo.

Nos aproximamos a la oficina del supuesto experto en la información, G-2, de lo que acontece en la zona. Miro a través de la celosilla. No hay nadie. Empujo la puerta, ingresamos. Inconscientemente, los cuatro nos dimos la espalda y formamos una especie de pequeña cruz en el centro de la habitación ataviada de pizarras con anotaciones de actividades diarias, mapas, fotografías, cuadros estadísticos, y hasta una banderola del enemigo expuesta como trofeo de guerra. En nuestras mentes se van vislumbrando nombres y códigos repetitivos hasta el cansancio: Camaradas Clay, Isula y Gringo; capos de algunas firmas de narcotraficantes como Vaticano, El Ministro, Trucha y Travolta; T-4, T-2, La Morada, 3 de diciembre, Uchiza, Tocache y Sión.

Gracias a una de las cartas geográficas situacionales, recién me puedo enterar que la ubicación exacta del Batallón Contrasubversivo N.º 14 es Uchiza y que tiene bajo su mando las bases militares de Ramal de Aspuzana, Huayranga, Bambamarca, Pizana y Sión. Todo el sur del departamento de San Martín.

Por la tarde, cada uno se dedica a sus quehaceres. Yo a observar la cotidianeidad de este mundo acuartelado. Percibo que, a pesar de encontrarnos en estado de guerra, el horario de empleado público no sufrió variación. A partir de las cinco de la tarde, pese a la prohibición de salir del cuartel, poco a poco este se va deshabitando. Parecía una coladera. Escapaban trepando el muro perimétrico en las partes menos elevadas, por alambradas caídas o cortadas y los más osados o desvergonzados por la guardia de prevención. Los motivos de la evasión eran varios. Algunos para completar la cena exigua, otros para libar cerveza u otra clase de bebida alcohólica según la consistencia del bolsillo y los últimos para visitar a las enamoradas, novias, amantes, amorosas prostitutas o futuras esposas.

Es la primera noche y no tengo ganas de salir. La información que manejo al terminar el día es excesiva y solo un buen descanso la puede equilibrar y organizar.

Así pasé una semana de agobiante espera ante la ausencia de vuelos, ya sea de avión o helicóptero, que pudieran transportarme a mi destino. Hasta que al fin llegó el día en que junto con mi compañero Carlos Fonseca, el teniente Charly, volamos rumbo a Uchiza. Mi nombre de pila, Francisco Mavila, desde el día de hoy, pasa a un segundo plano porque en adelante solo seré reconocido como el teniente Isaac.

Desde la altura en que vuela el Antonov se divisa el infinito manto verde, solo entrecortado por ríos, quebradas, aguajales y una que otra carretera, que según descendíamos iba mudando a la forma de un gran tablero de ajedrez, demasiado organizado, y que no era otra cosa que la impresión causada por extensas plantaciones de palma aceitera de la empresa Palma del Espino, perteneciente al grupo económico Romero. Después de varios minutos de monótono panorama, teníamos la pista de aterrizaje a la vista.

Apenas se abre la compuerta posterior sentimos el sopor de la espesa humedad del bosque. La tropa viste trusa y camiseta verdes, y calza zapatillas blancas. Sube rápidamente para descargar los bultos del Batallón 14. Al pie de la pista, una persona blanca, alta, delgada, sin rasurar; que viste de civil, polo amarillo y bermuda violeta, ambas descoloridas, y sandalias naranjas; mira impávido todas las actividades.

Aquí estamos, nuevamente perdidos, parados al lado de la pista de tierra afirmada. Reparamos que al frente hay una mediana construcción de madera con techo de calaminas a dos aguas; pintada de manera camuflada, con formas caprichosas, onduladas y de color verde, negro y marrón. Veinte metros más a la derecha se ve una especie de galpón edificado a base de troncos que hacen de columnas y sirven

para el amarre del polietileno color blanco, reemplazo de paredes más formales, y que también soportaban los tijerales, donde descansan calaminas esta vez de una sola pendiente.

Pregunto a los soldados acerca de quién es la autoridad en aquel desorden y nos señalan al hombre blanco, delgado, con sandalias naranjas. Dejamos a un lado la impedimenta y vamos a paso ligero donde él. Nos cuadramos a seis pasos reglamentarios, delante, y llevando el dedo mayor de la mano derecha extendida a la altura de la sien en calidad de saludo militar, nos presentamos. *“Permiso, mi...”*, Charly titubeo un instante al percatarse que desconoce el grado del oficial. *“Comandante”*, se aventura a decir. *“Teniente de artillería Fonseca Arias Carlos, cambiado de colocación al batallón contra subversivo número catorce”*. *“Solo mayor, teniente”*, secamente increpa. Luego expresa: *“Permiso, mi mayor, teniente de infantería Mavila Esteves Francisco. Bienvenidos a Uchiza”*. Es lo único que, casi murmurando, responde; y sigue sustraído en la monótona actividad de control.

Más confundidos que al inicio, por casi diez segundos nos mantenemos en atención sin saber qué esperar. Nos miramos y optamos por retirarnos y continuar la aventura. Nuevamente con la impedimenta en el hombro nos dirigimos a la cuadra camuflada y entramos en el ambiente principal. Creo que demasiado rápido, porque el impacto es de un surrealismo incomprensible para nuestra corta experiencia militar.

Una mesa ploma muy larga, ubicada en el centro, está ataviada de banderas rojas con la típica hoz, el martillo y las siglas “PCP SL” del Partido Comunista del Perú Sendero Luminoso. Están bordadas o pintadas de color dorado o amarillo. Sobre ellas se exhiben armamentos de diferentes tipos, arrebatados a nuestras fuerzas del orden, como fusiles FAL, FAP y ametralladoras MAG utilizadas por el Ejército Nacional, sub ametralladoras MGL de la Marina de Guerra, fusiles AKM y G3 de la policía, así como tramperas, artificios; latas rellenas con dinamita, pedazos de clavos y tornillos; panfletos pintados con letras rojas encendidas y adornados con la silueta de un intelectual en actitud combativa, con cara de joven profesor, el escurridizo camarada “Gonzalo”; e impresas en negativo las efigies de Marx, Lenin y Mao; cuadernos marca “Loro” repletos de canciones militantes, reglas de oro, dogmas y hasta poemas revolucionarios. Lo peor de esta escena es que nadie nos toma en cuenta, otra vez los novatos, y solo atinamos a escuchar espectaculares historias de algunos soldados que habían participado en el último ataque senderista a la base de Huayranga, como la del cabo Brashico:

“Habíamos ido a patrullar toda la tarde por el poblado de Sarita Colonia y regresamos cansados a la base para pasar el rico almuerzo; cuando de pronto escuchamos y

sentimos un gran bombazo seguido de ráfagas que silbaban sobre nuestras cabezas. Puta, yo agarré mi fusil, mi morral y salí corriendo de la cuadra. Todo estaba oscuro porque ya era noche y el grupo electrógeno del pueblo había sido sabotado. Me tropecé con un bulto. Era Tanrilla, muerto el pobrecito. Seguí moviéndome, rampando con el pecho al ras del suelo, y encontré al sargento Rockero y nos colocamos en la bajadita, ésa que va a la cancha de fútbol de abajo. Realmente nos cagaron. Menos mal que el teniente Alacrán puso orden, si no moríamos todos, porque así escondidos en el monte de la bajada les tiramos granadas toda la noche y gritábamos: '¡Tucos de mierda, vengan carajo si son machos!'. Amaneció y se largaron", termina de relatar el cabo.

Repuestos del impacto, buscamos un cuarto acorde a nuestra jerarquía. Nada, todo era desorden, hacinamiento y de un sálvese quien pueda o acomódense como puedan. Al final vamos a la cuadra de tropa y, tácitamente, nos robamos un camarote metálico y lo llevamos cargando entre los dos a un cuartito que es ocupado por otros tres oficiales.

Estoy cansado. El sol se ocultaba sobre las miles de palmeras. Encendieron el grupo electrógeno. Subo al segundo piso del camastro y me acomodo mirando el techo, de donde colgaba un foco que emitía una pálida iluminación, pero suficiente para convocar decenas de insectos voladores, entre gigantes zancudos, minúsculos mosquitos y perturbadores "toritos", que cegados por la luz embestían las paredes y muchas veces los cuerpos de los que pretendíamos descansar.

Cierro los ojos. Nuestros jóvenes soldados ya acostumbrados a esta vida, encendían los estereofónicos portátiles que reproducían casetes o sintonizaban la radioemisora Radio Marginal, en ella se transmitía felices cumbias y salsas colombianas, peruanas; prendían sus cigarritos, conversaban en pequeños grupos, se gastaban bromas, reían. Otros prendían la "huira", minúscula fogata donde cocían banano verde o el puñado de arroz que hurtaban del almacén.

Son las once de la noche. Charly me sacude con violencia para rescatarme de un profundo sueño. El capitán denominado Barón esperaba a los novatos en el comedor. Al reunirnos nos informa que Sendero Luminoso había decretado un paro armado en todo el Alto Huallaga, que comprendía las provincias de Mariscal Cáceres, en el departamento de San Martín, y de Aucayacu, en Huánuco. Termina trasmitiéndonos la orden que al día siguiente, en la madrugada, cuatro de la mañana en punto, saldrían cuatro patrullas: Charly, Chacal, Viento e Isaac.

Después de reponernos de la sorpresa, únicamente tenemos tiempo para agenciarnos un fusil, cinco cacerinas y doscientos cartuchos de munición. Es una noche de insomnio y solo pensamos en la aventura de más tarde. Nos despertamos sin necesidad de vestirnos, porque en estos lugares y circunstancias se descansa uniformado y hasta con las botas calzadas, y aun cuando las reglas de higiene exigen el aseo corporal, no lo conseguimos porque desconocemos la ubicación de la quebrada en donde los soldados se aseaban y bañaban.

Acudimos de inmediato a la barraca para sacar y, diré también, a conocer a los miembros de nuestras respectivas patrullas. Todo es un pandemonio, sin luz eléctrica, ni luna que alumbrara y recién llegados, sin poder orientarnos siquiera, no atinábamos qué hacer. Felizmente los sargentos corrigieron este primer inconveniente, o, mejor dicho, vacío en el ejercicio del mando.

Por fin formaron las cuatro patrullas, de quince hombres cada una, en el patio de tierra al frente de la cuadra. Recibimos al Barón que lucía afeitado y bien acicalado. Su semblante reflejaba serenidad y daba la impresión de total despreocupación.

Correctamente uniformado con la pasamontaña negra, lucida como gorro; camisa y pantalón parchís, caracterizados por diez grandes bolsillos y el color verde bronce; calzaba botas de jebe de caña larga que para una persona de estatura promedio cubría hasta diez centímetros debajo de la rodilla; en las piernas largas del capitán, que medía un metro ochenta y siete, apenas resguardaba la mitad de la pantorrilla.

Luego de pedir parte, dispuso el orden de salida. A la cabeza Charly, seguido de Chacal, Viento y yo cerrando la progresión. Nos encolumnamos hacia ambos lados de la carrozable e iniciamos el desplazamiento a pie.

Barón caminaba distraído, conversando animadamente con Chacal acerca de las pintorescas anécdotas vividas en los cuarteles de caballería. Así, marcharon cerca de dos horas hasta llegar a la Carretera Marginal.

El cuadro es dantesco para ojos poco acostumbrados a los efectos de un paro armado. Troncos, ramas, piedras y banderas subversivas combinadas con trampas explosivas, conocidas como cazabobos, cubren, cual vegetación, el ancho de la carretera, por tramos casi continuos de cien o doscientos metros.

En esta intersección vial estaban varados ocho vehículos, entre ellos dos pequeños camiones, un Dodge y otro Mitsubishi, cuya capacidad de carga es de hasta cuatro toneladas y que se encontraban vacíos, después de vender todos los abarrotes en Uchiza para buscar alguna otra carga en el camino de retorno. Como es costumbre en los choferes provincianos, cada vehículo es bautizado con algún nombre o frase y en esta historia se vislumbran los sugestivos: “Que nos Coja Confesados” y “Recuerdo de mi Padre”. Barón le grita a Chacal que tomara el Dodge y a Viento el “Recuerdo de mi Padre”. Luego de asegurar la movilidad, todos nos dirigimos a despejar la carretera.

Los experimentados sargentos se encargan, sin esperar orden, de desactivar los hilos de disparo de las trampas, que normalmente se activan cuando jalen alguna bandera roja sindicada como el estandarte de la revolución. Una vez despejada la vía, suben, atrás, en la carrocería de madera, treinta hombres por vehículo. Barón y Chacal, en el “Que nos Coja Confesados”, se acomodan en la cabina; Viento, Charly y yo, en el segundo, junto a la tropa en vista que el chofer viene acompañado por mujer e hijos pequeños. Dos soldados se apostan sentados, haciendo equilibrio, entre la tolva y el techo de la cabina, como vigías.

Nos sentimos satisfechos al retornar a Uchiza a las once de la noche de este día. El resto del patrullaje había consistido en bajar y subir de los vehículos, caminar, despejar el camino y entregarse a la suerte, viajando como sardinas en los dos pequeños camioncitos.

Sentados alrededor de la mesa, comiendo un poco de arroz con atún de lata, mirábamos agradecidos y casi obnubilados a Barón, el primer modelo de combatiente antisubversivo. Quién imaginaría que este súper capitán representaba la antípoda del buen combatiente.

Al tercer día de nuestra estadía, a las seis de la mañana, el mayor de sandalias naranjas nos llama, dispone que Charly permanezca en Uchiza y ordena que parta con la Compañía Moisés rumbo a la Base Contrasubversiva de Huayranga.